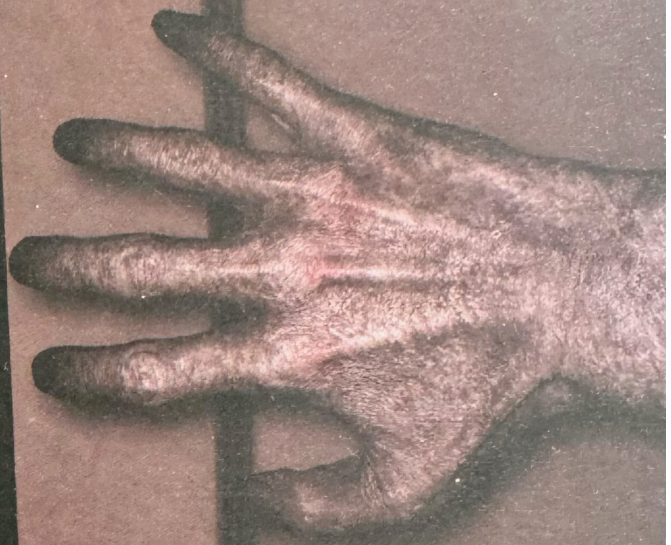


MONSTRUOS HUMANOS

Monstruos Humanos

historias reales

María Teresa Fernández



EDITORIAL DUNKEN

"Los monstruos no solo están en la imaginación de la gente, hay cientos de miles y son reales, son seres horribles llenos maldad capaces de destruir la inocencia más pura e indefensa sobre la tierra, donde el placer es el daño y la aberración queda para siempre, destruyendo el presente y el futuro de su víctima, ellos son monstruos humanos que pueden estar en cualquier casa, edificio, centro, estudio, consultorio, escuela, etc de cualquier lugar del mundo. Aquí le narro algunas de las cientos de historias, he sido muy cuidadosa a pedido de los protagonistas. Los datos personales se han cambiado, cualquier similitud es pura coincidencia. . ."

ISBN 978-987-02-6968-7



9 789870 269687

MARÍA TERESA FERNÁNDEZ

MONSTRUOS HUMANOS

Historias reales

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2013

Fernández, María Teresa

Mounstros humanos, historias reales. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Dunken, 2013.
80 p. ; 16x23 cm.

ISBN 978-987-02-6968-7

1. Ensayo. 2. Derecho. I. Título
CDD 340

Contenido y corrección: María Teresa Fernández
Diseño de tapa: Leonardo Urchoegua Fernández

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11723
Impreso en la Argentina
© 2013 María Teresa Fernández
e-mail: monstruoshumanos@gmail.com
ISBN 978-987-02-6968-7

Dedicado:

A todos los que sufrieron estos hechos.

A todos los que lo están padeciendo ahora.

A todos los que luchan contra esta aberrante interrupción de la vida.

A todos los que son responsables de tal monstruosidad.

Y, por sobre todo, a todos los que deben y pueden hacer algo al respecto.

“Los acusados son inocentes
hasta que se demuestre lo contrario,
se recomienda discreción”.

PRÓLOGO

En este momento se estará preguntando qué significa este libro o le llamará la atención su título. No tiene que ver con ciencia ficción, ni con fantasmas, aunque le queden secuelas a toda vida que lo haya sentido. Algunos quedan como si la bestia los persiguiera siempre.

Qué relación tendrán los sueños que tenemos cuando somos niños. Tal vez, se preguntará qué tiene que ver con usted, que está leyendo ahora, que ya no es un niño, tal vez se sienta identificado o perciba cierta similitud con alguien que conoce... A usted, tal vez, le ha pasado... o, seguramente, a alguien muy, muy cercano...

Aquí le cuento algunos casos reales de personas que confiaron en mí, sin revelar sus datos personales, ni tiempo ni lugar. Por su elección y por pedido de algunas personas –no tendría ninguna duda en publicar los nombres de los monstruos humanos que le destrozaron sus vidas, o al menos gran parte de ellas–, por todo el respeto profundo que siento por los protagonistas de estos relatos, así lo haré.

Este libro no es de autoayuda ni mucho menos de entretenimiento. Algunos lo considerarán un tabú, pero lo invito a que lo lea, después de agradecerle su decisión de haberlo elegido.

Cada uno de nosotros alguna vez ha experimentado alguna sensación de impotencia cuando veíamos que no podíamos hacer nada frente a injusticias, especialmente con niños y, en algunos casos, bebés. Por ejemplo, al saber de algún padre, madre, familiar o adulto responsable de su cuidado que son golpeadores, abusadores. De algún vecino, de algún profesional, de alguna autoridad, de alguien que nos parecía buena persona, de cualquiera que camina por la calle...

Más de una vez no tomamos conciencia de que, si hubiéramos hecho algo en ese momento, podríamos haber evitado que ocurriera alguna tragedia. Con un pequeño gesto, hubiéramos podido mejorar la calidad de vida de esa personita que no pudo defenderse y que, en muchos casos, no recibió la ayuda de nadie y excepcionalmente en algunos lugares, la de algún ineficiente, e irresponsable empleado de turno, quien manifestaba que no se podía hacer nada porque era “algo muy familiar”.

Menos aun la de algún representante de la ley que proponía el “avenimiento”, algo incomprensible por parte del adulto responsable, plantear un avenimiento como diciéndole al pequeño: “Listo, quedamos bien”. Peor aún es que quien debe impartir justicia lo proponga después de tomar conocimiento de tanta monstruosidad.

Estos son casos reales de personas –la mayoría hoy son adultos– que han sufrido y sienten que no han podido curar su corazón ni su mente de todo lo vivido, a pesar de todo sus esfuerzos. Algunos buscan permanentemente ayuda psicológica; otros, espiritual; otros, las dos. Algunos solo lo toman como algo que les pasó y siguen adelante con esa carga que les impide hacer su vida normalmente; otros, muy excepcionalmente, cometen el mismo error.

Por todo ello, sentí la necesidad de escribir ese dolor, para poder liberarlos, aunque sea un poco, de ese sufrimiento permanente; para que de alguna manera el mundo sepa de ellos y que sepa también que no sucede solo en “determinados lugares”: pasa en todos lados.

En este momento alguien lo está viviendo; otros los están encubriendo.

Alguna vez se ha planteado si usted es el resultado de alguna de su experiencia de vida. Más profundamente, si todo lo que hoy pasa por su vida su mente y su corazón es el producto de lo que vivió en su niñez. Cuántas dudas tenemos todos, cuántas: saber lo que está bien, lo que está mal, si solo es. Quién tiene la certeza de las explicaciones que puedan generarse entre tantas dudas que tenemos los seres humanos. Lo cierto es que nadie tiene la absoluta verdad, podemos creer o no creer, tener fe o no tenerla, sentir o no sentir, saber solo lo que alcanzamos ver a simple vista. Ni una religión, ni una ciencia, ni un estudio o alguna creencia, nada es ciertamente lo que es verdadero, o todo lo es. Quién sabe.

Sería demasiado egoísta creer que uno tiene la total y absoluta verdad del origen de nuestros padecimientos; creo que eso, a veces, es una justificación para querer aliviar o pensar que se puede curar el alma de esa manera. A algunos les da resultado, a otros nunca. Solo sabemos que estamos hoy aquí, algunos han sentido y vivido personalmente "la percepción" de un mundo más allá, o de un mundo anterior. Sea cual fuera la verdad, debemos vivir en este mundo de hoy y no podemos explicar a un niño lo inexplicable ante SU dolor. No entendería jamás si es vida pasada, si es vida futura, si es Dios, si es Diablo, porque ni siquiera nosotros mismos lo comprendemos. Solo imagínese la cabecita de un inocente al tratar de explicarle tanta monstruosidad. No entra en la cabeza de nadie. No hay explicación que valga, ni mucho menos una justificación.

JULIA

Era la primavera de 1995. "Julia" se dirigía hacia la panadería que estaba a unas cuatro cuadras de su casa. Iba andando en patines, con pantalones cortos, una remera rosa y el cabello suelto, que le llegaba hasta la cintura. Su madre le había pedido que comprara el pan. Eran las 5 de la tarde. Dobló en la esquina, un coche se detuvo, inmediatamente lo reconoció: era "Juan" el papá de Johana, su amiga del barrio desde que se mudaron en 1990. El hombre la invitó a subir diciéndole que Johana estaba en la otra esquina, que la llevaría con ella y luego las dejaría en la panadería, las esperaría y luego las llevaría a su casa.

Julia subió al coche gris con los vidrios polarizados, por lo cual no se podía ver quiénes iban dentro. Este hombre siguió conduciendo hasta llevarla a un descampado, detrás de un club de golf, el cual estaba cerrado hacía semanas por refacciones.

Julia le preguntó dónde estaba Johana. El hombre la tomó de los hombros con sus manotas y le dijo que estaba enamorado de ella y que no sabía cómo hacer para demostrárselo. Julia tembló y sus dientitos comenzaron a chocar con fuerza, y quiso salir del coche. El hombre le dijo que no podría ir en sus patines y que se podría lastimar.

—Quiero que no me malentiendas y sepas que eres hermosa y que me gustas desde que te vi —le dijo, mirándola a los ojos.

Julia rompió en llanto con miedo; sintió un ahogo en su voz, que no la deja hablar; estaba paralizada, con una opresión en su pecho que no la dejaba moverse. El hombre le tapó la boca con su

manota, impregnada en olor a nicotina, mientras le desabrochaba su pantalón... Le sacó la remera y le dijo que si seguía llorando les diría a sus papás que ella lo provocaba siempre cuando iba a su casa, y que ni Johana ni sus padres la querrían más si supieran eso.

Julia solo lloraba en silencio mientras el monstruo la manoseaba por todo su cuerpo. Sus piernas se inmovilizaron, sintió que no las tenía.

La penetró con sus dedos mientras se masturbaba ante sus ojos. Cuando terminó, le jaló el cabello y le hizo besar su miembro. La limpió con una franela amarilla, que tenía debajo de su asiento, y le dijo:

–Si le dices a alguien de esto, te buscaré siempre y, donde te encuentre, te lastimaré. No podrás ver más a mi hija y les diré a todos que me pediste que te besara.

Julia no podía moverse ni entendía de lo que hablaba el que, hasta hacía unas horas, era el padre de su amiga del barrio con quien siempre jugaba. El hombre que había pasado tiempo en su casa divirtiéndose con ellas, el hombre que había estado varias veces con su familia, en su casa y compartiendo varios domingos, el hombre que tenía buena relación con sus padres.

Camino de regreso, la dejó en la esquina anterior, del otro lado de la panadería, luego de dar algunas vueltas. Julia supone hoy que fue para asegurarse de que nadie lo viera dejarla. Cuando le abrió la puerta para que bajara, Julia vomitó dentro del auto y “Juan” la empujó hacia afuera, enojado por lo que le había hecho a su auto. Julia cayó sobre la acera y se golpeó las rodillas. El auto siguió. Ella se sentó en el cordón de la calle sin poder moverse.

Ya su madre estaba por todos lados buscándola, nunca había llegado a la panadería, había pasado más de hora y media, y comenzó a llamar a todas sus amigas. Todos salieron a buscarla, hasta la madre de Johana. La encontraron en la misma esquina donde se había bajado. Un vecino, “Armando”, se dio cuenta de

que algo andaba mal, la quiso ayudar, pero ella solo se apretaba las piernas y cerraba los puños. Hoy recuerda que no quería que nadie la tocara.

Este vecino llama a su madre para decirle que la había encontrado. Ella corrió hasta donde estaba su hija y la reprendió al verla, hasta que se acercó y también se dio cuenta de que algo no estaba bien. La cargó en el coche y la llevó a su casa. Julia no pronunciaba palabra y no contestaba a las preguntas de su madre.

—¿Qué pasó, Julia? ¡Qué pasó, hija! ¿No quieres hablar?

Julia solo lloraba en silencio. Recuerda que le dijo:

—Me caí... No cenaré, estoy cansada.

—¿Qué pasó, hija? ¿Qué fue lo que pasó?

—Me caí.

—Muéstrame.

—No, ahora no, no se nota, solo quiero bañarme y dormir.

Julia sentía que solo quería dormir y dormir. Hasta el día de hoy recuerda el abrazo de su madre, sentía que se estaba culpando, como si lo sintiera, como si la madre supiera lo que le había pasado, como si quisiera salvarla del mundo.

Su madre la abrazó y la sostuvo en su regazo un momento, cuando descubrió que tenía olor a cigarrillo y un olor peculiar masculino. La miró, le tocó el cabello y vio una humedad en una parte de su cabellera, muy pequeña, pero no tardó en darse cuenta de que era semen.

La madre rompió en llanto y con furia la sacudió, y le dijo:

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Quién?

Julia solo lloraba, sentía que su garganta se cerraba y que se ahogaba con su propio llanto.

Su madre le pidió que se desvistiera, a lo que Julia no accedió. Se acurrucó, no quería que la tocaran, solo quería que la dejaran

en paz. Su madre nuevamente le ordenó que lo hiciera, que quería ayudarla, que nadie lo sabría, pero que ella era la única con la que podía contar.

Julia se desvistió muy lentamente y su cuerpo tenía marcas rojizas, y su entrepierna aún más... Su madre la abrazó muy fuerte, con una angustia inconsolable.

—¿Quién te ha hecho esto, hija? ¡Dios mío, quién te ha hecho esto! ¡Te juro que lo pagaré!

—No, mamá, por favor, lo haré de nuevo. A mí no me gusta, yo no lo busqué, no entiendo, no quiero que nos pase nada, no, mamá.

—Solo dime su nombre, hija, ¿quién es? ¿Lo conozco?

—Sí, mamá, pero no te lo voy a decir.

—¿Qué te ha dicho? ¿Que tú eres la culpable? ¿Que tú lo buscaste? ¿Que te lastimará si me dices?

—Sí, no te lo diré.

Nuevamente vomitó y se encerró en el baño. Abrió la ducha y demoró un larguísimo tiempo en ducharse. Recuerda que se quedó sentada en el piso del baño y dejó caer el agua sobre su cuerpo. Y el tiempo pasaba sin tener conciencia de ello, no paraba de llorar y recuerda que se sentía muy sucia y con mucho miedo de salir de allí.

Llegó su padre cansado del trabajo, sin saber todo lo que había pasado. Julia recuerda que era un hombre un poco corto de expresiones, muy poco afectivo, un poco vergonzoso y tímido cuando tenía que hablar con ella de algún tema de niñas, siempre la mandaba a su madre. Pero era un padre excelente, siempre estuvo cuando ella lo necesitó.

Su esposa lo puso al tanto de todo. Con mucho dolor e impotencia, sin siquiera ir a ver a su hija, llamó a la policía local. A los pocos minutos, llegaron dos policías, una mujer y un hombre. Su padre fue al cuarto y le dijo que debía contar lo que había pasado

porque era la única manera de que ya no le pasara nada. Julia no quiso, así que su madre la convenció para que la mujer policía pudiera entrar a su cuarto y escuchar de su boca lo que había sucedido.

–Julia, soy Carmen, una policía que va ayudarte y a meter preso a quien te haya hecho esto. Si me cuentas, podré ayudarte y quien te haya hecho esto no podrá acercarse a ti.

–Él me lastimará otra vez, me lo prometió. No quiero hablar, no saldré jamás de aquí.

–Te prometo que, si me lo cuentas, no lo hará, no lo dejaremos; pero si no lo dices, lo hará con otras niñas también.

Julia recuerda que el intercambio de palabras duró más de media hora o algo así. A veces, se quedaba en silencio, esperando que todos se fueran. Recuerda la voz de la mujer policía, aún hoy después de tantos años, recuerda que le llegó al corazón porque sentía que ella sabía de lo que estaba hablando, como si ella misma lo hubiera vivido. Así que la dejó entrar. Recuerda que se sacó la gorra y se sentó a su lado, y le dijo:

–Tranquila, ya no hay peligro, no está aquí, esperaré por ti, pero es necesario que lo cuentes rápido para poder atraparlo –Esto lo recuerda con mucha claridad, porque fue lo que le dio fuerzas para despertar.

Julia comenzó su relato con un llanto permanente, su madre no podía creer de quién se trataba: era el padre de la amiga de su hija, un supervisor repartidor de gaseosas conocido del pueblo. Lo aterrador era que, de vez en cuando, Julia se quedaba a dormir en su casa, además de que, a veces, ambas familias compartían los almuerzos de algún que otro domingo.

Sus padres hicieron la denuncia y la policía les sugirió que fueran al hospital para hacer una revisión médica, ya que de forma privada no tiene el mismo valor para la justicia.

Lo hicieron. El día de la denuncia, llegó un patrullero a la casa de Johana y se llevaron a su papá. Julia no fue al colegio esa semana.

Johana, su hermano y su madre fueron hasta la casa de Julia, tocaron la puerta con enojo y salió el padre de Julia:

–Es horrible lo que le han hecho a mi padre, es una gran persona, es mentira todo lo que dicen, ¡él solo quiso ayudarte porque te habías caído, mentirosa!

–Tu padre sabe lo que hizo y no te daré explicaciones. Mi hija tiene tu edad, solo ponte en su lugar, no tienes nada que ver con esto.

–Hijos de p..., hijos de p..., –Eran solo agresiones continuas.

Se cerró la puerta. Julia estaba mirando por la ventana. El hermano de Johana tiró una piedra en su ventana y se marcharon haciendo señas desagradables.

Solo pasaron dos días y “Juan” volvió a su casa como si nada, manteniendo la inocencia ante su familia.

La madre de Julia le contó, unos años más tarde, que su padre había llamado al fiscal de turno y que la respuesta había sido:

–No hay prueba suficiente...

Los agentes le explicaron que el juez no había hallado suficientes pruebas en su contra para mantenerlo detenido, pero que de todos modos continuaba vinculado a la causa. Esto no les dio ninguna garantía de nada, ninguna seguridad, sentíamos que ninguno de los que podían hacer algo, lo hacía. Tuvieron que vivir con eso.

Le contó que su padre estaba muy disgustado y golpeaba con su puño la mesa una y otra vez con furia, y ella tenía miedo de que fuera a la casa del abusador porque sabía que quien terminaría en la cárcel sería su propio padre.

Fue a ver al fiscal, prometiéndole a su madre luego de que ella le rogara, que solo iría a verlo a él. Así fue, fue hasta su casa y le

dijo que no solo había sido un abuso, sino un secuestro. Su padre vino furioso y sentía mucha impotencia, estaba mal de salud y esto había agravado la situación. El pueblo entero sabía de la amistad del fiscal y de este monstruo desde hacía tiempo, y no era novedad que las actitudes de quien debía cuidar de la gente del pueblo como representante de la ley, eran nefastas.

Este hombre seguía como si nada y lo que era peor: nadie podía hacer nada, ya que a donde iban todos miraban para otro lado. Como última instancia, su padre fue a buscar la ayuda del dueño de la única radio que había en el pueblo en esos años. Pero fue en vano: también era amigo del monstruo y no quiso siquiera escucharlo.

Cómo seguir era la pregunta que se planteaba la familia de Julia. Cómo seguir, si las únicas personas que podían hacer algo no lo hacían, parecía que la realidad estaba del lado del mal. Cada vez que salían a la calle, la gente los miraba como si fueran fenómenos o algo así. El chisme se sentía latente todos los días, parecía que los malos triunfaban allí. Julia recuerda que su padre sufría mucho y no recuerda haberlo visto sonreír después de aquella desdicha.

El abusador de su hija vivía a cuerdas de su casa, su hija iba al colegio con la hija de él, la justicia le había dicho que no había pruebas suficientes, parecía que los delincuentes eran las víctimas.

Sus padres se lo contaban a quien se le cruzaba. Nada mejor que el boca a boca, ya que no los habían podido ayudar quienes hubieran debido hacerlo. Habían tomado la decisión de mudarse a otra ciudad. Su madre había hecho panfletos con la foto del hombre “no culpable para la justicia” con la inscripción: “Degenerado, cuide a su hijo/o”. Los desparramaron por todo el pueblo.

A los pocos días, recibieron una intimación de la justicia y del monstruo agresor para que se abstuvieran de lo que estaban haciendo ya que perjudicaban al “Sr. Juan” y podrían demandarlos por daños morales a la familia... ¡Qué paradoja! ¿Y a dónde aclarar?...

¿Y cómo prevenir?... Los policías que habían estado con su padre estaban indignados. Sus padres vendieron la casa ese mismo año y se marcharon a otra ciudad.

Hoy, Julia tiene 28 años, es pediatra, su padre ya no vive, su madre es su amiga fiel, y quien le ha dado la fuerza para salir adelante, le ha dado la seguridad de que la ha defendido, ha luchado y lucha por su bienestar físico y emocional.

Pero aunque hayan pasado 17 años de aquel horror, ella confiesa que le da náuseas el olor a cigarrillo, y hacer el amor es todo un proceso que le ha afectado su intimidad, pero aún cree que se “curará”, así dice:

–Sé que, alguna vez, me curaré, y gracias a la fortaleza de mi madre seguí adelante. Siempre me quedará la duda de cuántas niñas habrá abusado antes y después de mí, siempre me quedará la duda de qué hubiera pasado si quienes tenían que actuar como debían, lo hubieran hecho y cuánto más hubieran evitado.

Johana la contactó hace unos meses por Facebook. Esto le causó una tremenda sorpresa. Su padre falleció hace cinco años. Su madre es alcohólica depresiva. Su hermano se marchó del pueblo con el pretexto de progresar. Ella es psicóloga. Su padre llegó una noche, cuando ella tenía 14 años, y mientras su madre dormía, gracias a la ayuda de los somníferos, la violó mientras tapaba su cara con una almohada. No entró en detalles, ni recordó lo vivido por Julia aquella vez. Tampoco Julia le preguntó nada, solo un “¿Cómo estás ahora?”.

–Siento pena por ella, charlamos, sí, claro. Pero lo que me sucede es que, cada vez que lo hago, me remueve el alma, aunque no hablemos de eso, y siento que lo que he progresado retrocede, por lo que trato de evitarla y creo que ella lo ha notado –dice Julia.

RECUERDO DE ESCUELA

Cerca de casa había una niña llamada "Sandra". Siempre estaba sola, su madre era soltera y trabajaba todo el día para mantenerlas a ella y a su hermana.

A Sandra le encantaban las mariposas, por sus colores y la libertad que le transmitían al verlas, a menudo las dibujaba. Siempre llegaba con moretones en su cara y recuerdo que la maestra no le preguntaba nada, eran otras épocas... Íbamos juntas al mismo segundo grado de la escuela primaria. Siempre se quedaba aislada en el recreo y miraba a todos cuando jugaban.

Una vez, me le acerqué y la invité a jugar al "elástico" con otra compañera. Era un juego en el cual una se colocaba frente a otra, más o menos a un metro, y se pasaba una banda elástica alrededor de los tobillos, y una tercera compañera lo saltaba. A medida que lo hacía bien, se iba subiendo el elástico, como un nivel superior, y la que no pisaba perdía y continuaba la siguiente y así... Recuerdo que nos encantaba ese juego. Sandra accedió y fue ahí cuando nos empezamos a hacer amigas.

Recuerdo que no la podía invitar a tomar la leche a mi casa porque no me dejaban y a ella tampoco. Una tarde nos escapamos y fuimos a la casa de una tía de ella que vivía cerca. Nunca supe si existía, porque no había nadie y, más que nada, porque recuerdo que entramos por un agujero que había en la pared. Comimos lo que había en las alacenas y nos divertimos hasta la tardecita. Cuando consideré que ya era hora de irme, le dije que debía marcharme. Ella me pidió que no la dejara sola porque había un "sátiro" en su

casa, que entraba todas las noches por un agujero que daba a su cuarto y la manoseaba toda, y tenía mucho miedo...

No la comprendí, era muy chica para comprender. Lamentablemente no comprendí, porque podía haberla ayudado, o al menos eso creo, no sé cómo, pero seguro algo hubiera hecho, aunque me castigaran en mi casa.

Al otro día llegó al colegio con su mano envuelta en un pañuelo de hombre, esos de antes, grandes, como de seda. En el recreo le pregunté qué le había pasado y me dijo que el "sátiro" había entrado y la lastimó bastante porque ella no hacía lo que él quería. Le dije:

—¿Por qué no le dices a tu mamá?

—Porque ella está ocupada trabajando y no le gusta que la molesten.

—Pero debes decírselo, así lo te molesta más.

—Ya se lo he dicho, pero me dice que es a él a quien le debemos el alquiler de la vivienda y, si le dice algo, nos echará.

Pasó el año y la historia se repetía una y otra vez. Le preguntaba cómo era el agujero por donde pasaba esta basura.

—Te llevaré a mi casa a verlo.

Una tarde fuimos y recuerdo que vi una puerta pequeña, como la de una casita de enanos de las viejas plazas. Quisimos abrirla y estaba cerrada del otro lado. Daba justo al cuarto donde ella dormía, era una vivienda muy precaria, casi al límite de la ciudad. Salimos al patio y me di cuenta de que estaba unida a otra vivienda más sólida que, supongo hoy, era donde vivía la persona que les rentaba.

Ideamos hacer una trampa para que se cayera cuando cruzara, ponerle tachuelas, espinas; pero nada de lo que inventamos la podía convencer, ella sabía que su madre no lo aprobaría. Tenía terror solo cuando lo decía.

Terminó el año 1977 y nos mudamos de provincia.

Nunca más supe de Sandra, nunca más la vi. La busqué en redes sociales y no la encontré. Hasta hoy me pregunto qué será de su vida, cómo estará. Pasaron los años y fui comprendiendo lo que había pasado, pero aunque no puedo juzgar a nadie, ni a su madre, nunca supe las razones aunque se vean entre líneas. Pero sé que nadie puede, ni debe, entregar a sus hijos a cambio de nada, jamás. Es horroroso.

Me hubiera encantado tener una conversación con ella, haber podido hacer algo por ella. Nuestros destinos no se cruzaron aún.

—Donde quiera que estés, ojalá estés bien —cuenta Marcela.

JIMENA

Jimena era inquieta, era la del medio de 5 hermanos. Tenía 6 años cuando corría todas las tardes a la verdulería de la cuadra donde estaba don Evaristo, quien le daba alguna fruta para comer.

—Detrás de esa verdulería, vivía don González un hombre de más o menos 65 años. Lo caracterizaban los anteojos oscuros, en esa época se los llamaba “cola de botella”, porque eran similares a la base de una botella de vidrio, esas de color verde, hoy las hacen más finas. Llevaba día y noche sombrero grande color café, caminaba con dificultad, era chueco y olía desagradable. Era un hombre retacón, repugnante para mis ojos, siempre rodeado de niños, a los cuales atraía dándole golosinas. Si usted lo veía, parecía un buen paisano —cuenta Jimena.

El hombre siempre estaba parado debajo del sauce de la vereda de la verdulería, siempre esperando que algún inocente conversara con él. Los atraía invitándolos con caramelos y, en las navidades, les prometía fuegos artificiales, les daba el dinero para comprarlos en el quiosco de la vuelta, en la misma manzana en que vivía.

Jimena era muy divertida y siempre estaba en la calle con sus hermanas, era la más valiente de todas, así se describe. El hombre la llamaba y ella se le acercaba. Comenzó dándole bolsitas con caramelos, él tomaba su manito y la frotaba sobre algo duro a la altura de la cremallera.

—Obviamente, yo tenía 6 años y no tenía idea de lo que pasaba. En esa época los chicos no tenían la comunicación que tienen hoy —Recuerda.

Un día antes de Nochebuena, Jimena jugaba en la vereda y el hombre la miraba desde lejos. Ella se dio cuenta de ello. La llamó, haciéndole señas con la mano, y ella fue corriendo. El hombre, rengueando hasta la puerta, la invitó sutilmente a que lo siguiera, y logró quedar cubierto de cualquiera que estuviera mirando.

—Acá tengo plata para que te compres unos “cohetes” y estrellitas para que tires a las 12.

—Gracias, don González, muchas gracias, nosotras no tenemos porque mi papa dice que no tiene plata.

—Bueno, lo sabía, por eso soy muy bueno con vos, agarralo está acá, tenés que abrir el cierre.

La pequeña metió su manito, forzada por el hombre amable y recuerda:

—Toqué algo duro, como si fuera un brazo mojado. Por primera vez, sentí mucho rechazo hacia ese hombre, mucho asco, miedo, sentí repugnancia a mí misma, salí corriendo. Y no le conté a nadie. Me sentía culpable, sentía que era sucia, sentía que me estaba portando mal. Fui directo a una canilla que estaba en el patio y estuve mucho tiempo lavando mis manos, sentía que mi corazón quería salirse del pecho.

Corrió a su casa llorando, sus hermanas no le preguntaron qué le pasaba. Su madre cocinaba y su padre aun no había llegado, trabajaba en una metalúrgica hasta tarde y, cuando llegaba, el diálogo era muy escueto con toda la familia. Llegaba cansado del trabajo y ganaba muy poco, su madre trabajaba algunos días en casas de familia, nunca recuerda que haya reinado felicidad en algún momento en su hogar.

—Simplemente no quise contarlo porque seguramente me culparían a mí, ya que era la más traviesa de todas, y temía que mi madre me golpeará o que mi padre me insultara, como lo hacían a veces.

Los días siguientes, Jimena salió a jugar, pero nunca más se acercó a ese hombre que ella veía desde lejos y le daba la sensación de ser un monstruo. Luego de un tiempo no lo vio más, cree que falleció.

FEDERICO

“No hace mucho, siento que fue ayer”. Así comenzó a contarme Federico lo que sufrió con su abusivo padre en la década del 80.

“Todo comenzó cuando tenía más o menos 4 años, mi padre se enojaba con facilidad, le gritaba a mi madre y golpeaba a mi hermana 8 años mayor que yo. Renegaba todo el tiempo de los vecinos, sabía sus vidas y, si no, la inventaba solo para tener a quien desmerecer e insultar como lo hacía con nosotros.

Me mandaba a comprar cigarrillos. Doña Elvira, la dueña del quiosco, me regalaba algún que otro caramelo y me miraba como sabiendo lo que pasaba en casa, sentía como que me tenía lástima o algo así.

Una tarde volvía del quiosco y, cuando llegué a casa, no tenía los cigarrillos. No sé qué pasó, cómo los perdí, no recuerdo eso para nada”, me cuenta con sus ojos brillosos y se hace un silencio de segundos. “Él me dice que vaya y los busque porque, si no, desearé no haber nacido”. Un nuevo silencio, un nudo en su garganta y me pedía disculpas por su emoción...

“Estuve largo rato buscándolos y no los encontré en la única cuadra por la que había caminado, no quería volver, él estaba en la puerta esperando... Lo veía de lejos y entré en lo que ahora llaman ‘pánico’”, dice y sonríe.

“Mis piernas me pesaban, sentía como que tenía plomo en ellas, seguí caminando y entré. Sabía que me golpearía, pero no de esa manera. Él me tomo de la oreja muy fuerte y me la retorció. Me sentó y me dijo:

—¿Sabés lo que le cuesta a papá comprar esos cigarrillos? ¡Debo trabajar horas! Para que no te olvides más de ellos, voy a darte una penitencia así aprendés a cuidar las cosas —Y se fue hasta la cocina...”.

Federico nuevamente me dice, entre aflicción y sonrisa: “Disculpame, tengo un nudo en la garganta, no lo puedo decir tan fácil, hace años que no lo contaba”. Esperamos unos minutos y sigue...

“Fue hasta la cocina y trajo unos palillos o escarbadientes de madera, se sentó en una silla ante mí, me ordenó que me arrodillase y me pidió la mano. Tomó mi dedo mayor y comenzó a clavarme entre la uña y la carne la punta filosa del palillo. No puedo describirte mi dolor porque era una mezcla de angustia desgarradora del dolor físico y la angustia desgarradora de ver cómo mi madre miró y se retiró sin decir nada. Gritaba terriblemente y me repetía:

—¡Encima, maricón, callate la boca, pendejo de mierda!

Hizo lo mismo con todos los dedos de mi mano”. Unos minutos de silencio y con su mano me decía que esperara...

“No fue la primera vez que usaba la violencia de castigo, pero sí fue la primera vez que me clavaba algo en mi cuerpo. Siempre me golpeaba con el revés de su mano izquierda, sucia, pesada..., a veces sangraba mi nariz.

A los 13 años, me escapé de mi casa, luego de una terrible golpiza por haberme quedado a la vuelta de casa hablando con mis amigos. Me encontraron, me pidieron perdón delante de la policía y me dijeron que me amaban y que no volvería a pasar, en esa época no había la comunicación que hay ahora.

Ese año mi hermana cumplió 21 años y se fue de la casa, nunca hablamos, pero estoy seguro de él abusaba sexualmente de ella. A veces, la escuchaba llorar en el baño y casi nunca comía.

Siempre siguió golpeando y golpeando por cualquier motivo que pudiera darle, hasta por demorar en algún mandado, y ya a esa

edad contestaba casi todo lo que decía. A los 18 me fui. Hace un par de años mi madre llamó para decirme:

–Murió papá.

Creo que fue la primera vez que escuchaba la palabra “papá” en mi madre y la primera vez que sentía que nunca la sentí. No fui a su velatorio, no he ido a verla a ella y lloré muchísimo con dolor en mi pecho, y grité como un animal en el piso retorciéndome. Recién ahí me di cuenta de todo lo que nos había hecho a mí y a mi hermana. Lloré por nosotros no por su pérdida, lloré por lo que pudo haber sido y no fue.

Hoy veo a mi hijo y siento que no entiendo cómo puede alguien sentir tanto odio hacia un niño como para lastimarlo tanto, no puedo si quiera imaginarlo. No he ido a psicólogos porque no creo, siento que son personas como nosotros, con los mismos problemas. No creo que haya una fórmula para curarse la cabeza y el corazón, no lo creo, hoy pienso así y sé que esto me va acompañar toda la vida, no puedo olvidarlo, porque está presente en los actos de mi hijo, no puedo evitar asociarlo y sentir dolor, porque no se cruza en mi mente lastimar así...

Cada vez que reprendo a mi hijo por algo, recuerdo a mi padre, porque llevo presente que nunca me amó, no solo eso, sino que me lastimaba, que quería verme sufrir, yo era muy pequeño, no voy a encontrar justificación, ni nada que se le parezca, seré necio o como quieran llamarlo, pero al abrazar a mi hijo me doy cuenta de todo”.

Federico es un profesional de la ley, formó una familia hermosa, su tesoro, su cable a tierra, así lo siente y dice.

LA VIEJA HELADERA

Así quiso "Noemí" que llamara a este capítulo.

Era la del medio de 3 hermanas, vivía en un campo al noroeste del país y a unos 50 kilómetros del pueblo más cercano. Su madre era viuda y ella no alcanzó a conocer a su padre pues había muerto cuando ella tenía un año. Su madre les contaba historias de don Raúl, su padre, todo el tiempo recordándolo. "Sin dudas, siempre nos transmitió su amor y fue lo que nos hizo salir adelante", dice Noemí.

En las fiestas iban sus primos que vivían a unos 200 km de allí. Era su tío "Pablo" con su segunda esposa, "Bety", y sus hijos "Mario" y "Norberto". En ese fin de año, Noemí tenía unos 12 años, era muy bella y tenía ya cuerpo de mujer, según me cuenta.

"Mis primos tenían 10 y 9 años más que yo. Eran grandotes y muy amables, simpáticos y mi madre los adoraba. Una tarde, mis hermanas Silvia y Claudia se fueron con mi madre y mis tíos a comprar un chivito para asar a la noche, yo no quise ir. Me quedé con mis primos jugando a las canicas, unas bolitas de vidrio de colores que tenías que empujar con el pulgar hacia un hoyo que hacíamos en la tierra y el que las metía ganaba. Me encantaba jugar más a eso que a las muñecas, ya hace 40 años de esto que le cuento".

Noemí tiene tristeza en sus ojos y tartamudea un poco al contar su historia, no quiere detenerse en detalles, algunos me pide que no los cuente y eso hago.

Sus primos la invitaron a una apuesta: cada bolita que ellos metían era un beso que les tenía que dar. Ella no sabía de la maldad que sus primos traían y jamás pensó en lo que le harían. Mario

metió primero y le dio un beso, como a un amigo, con respeto. Luego Norberto hizo lo mismo. Cuando ella metió la canica, ellos le dijeron que tenía que besarlos en la boca para su sorpresa, se sonrojó, se levantó y les dijo:

–No, ya no jugaré este juego, no me gusta.

Pero ellos insistían, por lo que les dijo:

–Se lo diré a mamá.

Norberto –el más violento de los dos– la tomó de la mano, la empujó hacia abajo con fuerza y comenzó a abusarla en su boca en su torso. Él la triplicaba en físico, Noemí comenzó a gritar y Mario la tomó de los pies. Le dijeron que, si gritaba la llevarían al chiquero y se la darían a los chanchos. “El chiquero estaba cerca de allí, habían decenas de chanchos y yo les tenía miedo”, recuerda. La desnudaron y la violó una vez cada uno. “Su olor a traspiración y su aliento fétido jamás los olvidaré”. Luego, la vistieron y mantuvieron su amenaza. La encerraron en una heladera vieja de color madera, de esas de antes que usaban las carnicerías. “Comencé a gritar, sentía que me moría, que me asfixiaba, comencé a patear la puerta con todas mis fuerzas hasta que se abrió y salí”.

Llegaron todos y su madre no hizo más que mirarla para saber que algo andaba mal...

“Me abrazó y me preguntó qué me pasaba, no quise contarle, no quise lastimarla, sabía perfectamente lo que sufría desde la ausencia de mi padre”.

Sus hermanas también notaron que algo no andaba bien. Sus primos hacían de cuenta que nada sucedía y, con toda la hipocresía, siguieron como si nada. Hasta la invitaban a jugar a las canicas nuevamente.

Noemí se dirigió a su cuarto y le dijo a su madre que no estaba bien, que algo la había hecho doler. Su madre la acompañó y le preguntó si estaba bien. “Todo bien mamá, solo estoy con dolor de panza”.

Noemí entró al baño y se quedó un tiempo lavándose, higienizándose. “Sentía asco de mí misma, aún hasta hoy siento esa sensación, me acompañó toda mi vida, es una sensación de asco-angustia, me sucede, de vez en cuando, cada vez que debo tener relaciones sexuales, nunca lo superé. Te juro que he tratado con todos los libros que se te ocurran, hasta he ido al psicólogo, me ayudó a sacar mi culpa y anduve bien un tiempo, pero..., no pude. Mis hermanas me golpeaban la puerta cada rato. Sabían que algo pasaba. Norberto venía a verlas y las veía con ojos amenazadores, eso me decía mi hermana Claudia”.

Su madre y sus tíos la pasaban bien todas las navidades. Su tío era el hermano de su padre y el parecido era impresionante, comentaba su mamá. Cuando la cena estuvo lista, su primo Norberto fue a buscarlas y les ordenó que fueran al patio que ya estaba el asado. “Hacía como 35 grados de calor. No quería salir del baño, me inmovilicé”. Su madre fue a golpear la puerta, debido a la demora, pero ella no quería salir.

—Coman ustedes. Iré después —le dijo a su madre.

El tiempo no pasaba más, su hermana Silvia golpeó la puerta y le dijo que, si no abría, la echaría abajo.

—Algo te pasa, hermana.

Le abrió y su hermana vio la sangre que salía de su cuerpo, aún no había tenido su primera menstruación. Silvia comenzó a gritar:

—¡Mamá! ¡Mamá! Noemí está sangrando.

“Recuerdo el grito de mi madre como si fuera hoy, parecía de esos de las películas de terror y, aunque parezca loco, ese recuerdo es lo que me da fuerza, alegría para seguir, sí, sí, parece una ironía”.

Su madre la vio y le preguntó quién le había hecho eso, sus tíos se acercaron y los dos primos se quedaron afuera como si no entendieran qué pasaba. Noemí no quería hablar, temía por su madre y por vergüenza. Su tío la miró y le dijo:

–Dime que ha pasado, Noe ¿Fue alguno de tus primos?

“No alcanzó a decir eso que mi madre fue al cuarto donde guardaban las herramientas y tomó su escopeta de doble caño, la cargó y les apuntó a mis primos preguntándoles quién había sido. Ninguno contestó, decían que estaba loca, que me había caído del árbol jugando. Mi madre sabía que mentían. Pero no por mucho ocultaron su mentira, Mario se orinó encima mientras mi madre le apuntaba y mis tíos solo eran testigos, ni siquiera se interponían, solo eran espectadores aterrorizados por lo sucedido.

Eduardo señaló a su hermano y dijo que él había comenzado. Mi madre tiró el gatillo y la vieja escopeta no disparó. Salieron corriendo como si hubieran visto un monstruo y los monstruos eran ellos. Mi madre, que hoy no está...”, llora y pide disculpas.

Mientras le preparo un mate por un instante para que se recupere, le digo que sigamos otro día y solo me pide que la espere, que es cuestión de minutos. Tomamos mates, hablamos de las mascotas de cada una y me dice que está lista.

“Ya estoy. Mi madre me abrazaba con tanta fuerza que parecía que iba a quebrarme y solo me pedía perdón por no haberme cuidado... Perdón, ya sigo... ¿Qué loco no? Mi madre me pedía perdón, todo el amor de mi madre me ha mantenido vivo el corazón.

Mis tíos se quedaron toda la noche y lloraban con ella, disculpándose y rogándole que no hiciera ninguna denuncia. En esa época era muy difícil, lo es hoy, imagínate en esa época.

Mis tíos se fueron, por tres navidades no los vi. Mi madre tenía contacto con ellos de vez en cuando, pero ya no era lo mismo. Mis primos..., siento asco todavía. Se casaron tuvieron hijos y uno de ellos sigue a mi hija en Facebook. Ella sabe mi historia. No sé qué decirte, solo que nunca pude limpiarme, no sé si me explico bien... Pero tengo intacto en mi corazón el amor y la fuerza de mi madre. Doy gracias a Dios por haberla tenido en vida, por haberla podido disfrutar como madre, es mi fuerza...”.

JAZMÍN

“Aún no puedo reponerme, parece que estoy bien y viene a mi cabeza la sensación de estar al aire libre con leones cerca que acaban de escapar y el guardia del zoológico mira para otro lado... No puedo evitarlo, no puedo superarlo, tengo una permanente impotencia y ya han pasado casi 10 años.

Jazmín no quiere salir de casa, los 2 primeros años tuvo que estudiar en ella. No salía, a pesar de los profesionales que la ayudaron y del amor de su familia, de mí misma, que aunque no le demostraba el dolor para que siguiera tranquila sus días, se me partía el alma cada vez que la veía acostándose vestida, cada vez que la veía queriendo ducharse doblando sus piernas, llorando en silencio y tratando de comprender qué mundo era este. Sentí culpa mucho tiempo, y aún la siento de vez en cuando, pero estoy tratando de superarlo”, cuenta su madre.

Era la primavera de 1993 y Jazmín iba a sexto grado, una pequeña alegre, divertida, compinche de sus padres. Delgada, casi daba la sensación de fragilidad, pareciera que se iba a quebrar. Esa tarde salió, como otras tardes, a jugar con las chicas de la cuadra, como lo hacía habitualmente. Aproximadamente a las 7 de la tarde, se escucharon gritos y golpearon la puerta. Se escuchaba en esas voces desesperación. Lo primero que pensó es que su hija había tenido un accidente, que se había caído, fracturado o algo similar...

–¡¡La llevaron!! ¡¡La llevaron!! ¡¡Señora, la llevaron!!!...

“Por un momento no sentí mis piernas, me caí de rodillas y me agarré de la puerta y les pedí tranquilidad y les pregunté:

—¿A quién? ¿Qué se llevaron? —Sabía ya en mi corazón que algo estaba muy mal.

—A Jazmín, a Jazmín, un auto negro que no se veía para adentro, con vidrios oscuros.

Salí corriendo y empecé a gritar su nombre. Empecé a correr, ni sé para dónde, solo sé que quería encontrarla, que quería salvarla y me di cuenta de que no la veía, de que no la tenía, de que era verdad. Todo el barrio salió a buscarla, mi angustia se hacía muerte en mi pecho y no podía respirar. Mi esposo estaba de viaje y aún no había celular aquí.

Llamamos a la policía y vinieron de inmediato. Las niñas relataron que alguien abrió la puerta de un auto negro que pasaba varias veces y que no era la primera vez; es más, los niños notaron incluso que no llevaba chapa de identificación. Sol me cuenta desesperada que Jazmín iba llegando a la esquina y alguien le tendió la mano y la subió muy rápido.

Todos comenzamos a buscar por todos los sitios que se nos ocurrían, pero era en vano. La policía dio la alerta y todos colaboraban. Llamamos a las radios, a la TV y todos se hicieron eco de inmediato, todos se movilizaron. Yo temía lo peor. De repente, me vi rezando y creía en Dios, yo, que jamás ni una vela, estaba desesperada.

Mi esposo se enteró por televisión de lo que estaba sucediendo y no podía comunicarse, el teléfono de casa daba permanentemente ocupado. Había viajado a la gran ciudad por salud, su corazón era débil y necesitaba un tratamiento al que iba 2 o 3 veces al año. No había ningún vuelo disponible, por lo que no quiso perder tiempo, tomó el bus y marchó hacia casa, pero aún tenía unas 12 horas de viaje.

Todo era tristeza e inseguridad de lo que podría estar pasando. Uno de los policías se me acercó, me miró a los ojos y me dijo:

–Le juro que la vamos a encontrar y sea quien sea va a pagar por esto. Usted trate de estar bien porque cuando esté otra vez con su hija va a necesitarla.

Sus palabras me dieron fuerzas y me calmé por un instante, respiré profundo y me senté. Preparé café para todos los que allí estaban. A medida que pasaban las horas, poco a poco iba quedándome sola y el miedo y la angustia se hacían presentes.

Me quedé dormida en el sillón. Aproximadamente a las 3.25 de la madrugada golpean la puerta. Los policías me pedían que los acompañe. Les pregunté:

–¿Qué sucede? ¿Está bien? ¿Está viva?

–Sí, señora, está viva...

No puedo explicar con palabras lo que sentí en ese momento. Quería saltar, quería gritar, me reía de los nervios, me llené por unos minutos de felicidad, hasta que la vi... Estaba toda mojada, con su cara morada y solo decía:

–Mami, me duele el pelo, mami, me duele acá abajo.

La abracé con mi alma y solo empecé a decir:

–Perdón, perdón, perdón, Dios mío, Dios mío.

Ella solo lloraba y se durmió en mis brazos al cabo de unos minutos. El doctor se me acercó y me dijo:

–La dejaremos en observación 24 hs. Quiero decirle que debe ser fuerte para lo que voy a decir.

Traté de calmarme, dejé de llorar y, de repente, sentí una impotencia mezclada con ira porque presentía lo que había pasado. El doctor me miró firmemente, me tomó del brazo y puso su mano sobre la mía como advirtiéndome una desgracia y me dijo:

–Fue violada y golpeada. El dolor que ella dice de su pelo; esto es que él la jalaba del cabello. Conozco cientos de estos casos, sé cómo funcionan estos enfermos, son monstruos.

—No, no, no puede ser, es muy pequeñita, no, no, no.

Es solo lo que atiné a decir, mi desesperación de saber que ya lo habían hecho, que ya la habían lastimado, no tenía consuelo, no tenía explicación, sentía que la había descuidado, sentía que era mi culpa, no lograba ver claro, mis ojos estaban hinchados de tanto llorar de tanta bronca y a la vez sabía que tenía que estar fuerte porque ella necesitaba toda mi entereza.

—Cálmese, la necesita, debe estar fuerte. Tiene la piel lastimada, y lo peor de todo es que la han bañado.

—¿Lo peor de todo? ¿Lo peor de todo lo que le hicieron?

En ese momento no sabía nada de la ley, no sabía que, al bañarla, le habían sacado tal vez la única prueba que podría encontrar al culpable.

—Sí, señora, pero no hay pruebas que puedan aportarse en estos casos. No hay rastros, hasta le han introducido agua en su interior. Lo siento mucho, pero así es la ley, y pareciera que el violador hubiese utilizado profiláctico, que no es común en estos casos.

No creía, pensaba mientras el doctor me hablaba que me estaba inventando una historia, porque nunca había escuchado semejante barbaridad. Se trataba de mi hija, de 38 kilos, menudita, se trataba de un angelito y no entraba en mi cabeza cómo había algo así en el mundo, no es humano, no, señor, no lo es.

Me quedé con ella en la habitación del hospital, puse una silla al lado de su cama y la contemplaba mientras tomaba su manito. Me imaginaba lo que le habían hecho y solo se me entumecía la mandíbula, se me llenaban los ojos de lágrimas permanentemente, sentía como si tuviera arena de tanto que lloraba. Luego de un rato, ya ni lágrimas caían, pareciera que los músculos de mi cara estaban duros, yo era débil, me sentía lo peor.

Mi esposo llegó esa mañana al hospital luego de un largo viaje. Su dolor se veía de pies a cabeza, podía sentirlo y temí por él.

Le conté lo que el médico había dicho. Quedó como aturdido, no comprendía, no llegaba a comprender, se arrodilló al lado de su cama, me miró y me dijo:

—¿Dónde estabas? ¿Dónde fue? ¿Quién fue el tipo?

Todas sus preguntas eran válidas, pero solo sumaban más dolor...

Nos llamaron los médicos, sus colegas y nos confirmaron la violación con profiláctico, además de que le habían introducido agua para lavarla. Nos dijeron que estaba lastimada y que la sangre era de las heridas que le había producido el enfermo. Tenía moretones en ambos brazos y uno muy grande que abarcaba toda su entrepierna. No lograba imaginar en mi cabeza lo que debió haber pasado mi hija, o no quise ver más allá, el solo hecho de saber que este individuo tuvo el tiempo para ponerse el profiláctico, no quería saber cómo ella podía haber pasado por eso. Sí, soy débil, ese día me di cuenta de que no sabía cómo afrontarlo y luchar para que ella estuviera mejor. No sabía cómo hacer para quitarle eso de su vida, quería borrar todo, quería pensar que era un sueño.

Encontraron al automóvil y a su dueño, quien manifestó que se lo habían robado 8 horas antes de que lo vieran por el barrio. La denuncia del robo estaba hecha en tiempo y forma, encontraron el auto esa madrugada, a 70 km de mi pueblo.

Ese año no fue a la escuela. Jazmín no quería hablar con nadie. Le compré libros de cuentos y material para dibujar, como me había indicado la psicóloga, a quien seguimos hace tiempo. Supe luego que habían sido tres los monstruos humanos que le hicieron ese daño.

Ese año perdí mi trabajo. Ese año mi esposo me dejó. Mis amistades ya no llamaban y yo tampoco quería hablar. Ese año fue el peor de nuestras vidas. Además de saber que ese monstruo estaba libre.

Ya hace más de 6 años de lo ocurrido, Jazmín está mejor, nos mudamos de ciudad para empezar todo de nuevo. No es fácil, porque su rostro aún tiene tristeza, su carácter alegre cambió por completo, también se lo robaron, no pudo defenderse, no pude ayudarla y aún yo tengo culpa”.

CHELA, LA TÍA

Chela era una señora mayor, que vivía en la capital de una provincia al norte del país.

“En los veranos, la tía Chela (realidad era una tía abuela) acostumbraba a invitar a sus sobrinos a pasar los días en su casa de verano. Ella era una señora distinguida, al igual que su esposo, su cabello crespo y sus uñas largas me daban la sensación de estar ante la presencia de una bruja”, me cuenta Sonia.

“Íbamos con mi hermana porque nos gustaba pasar los días allí, ya que esos tíos nos daban todos los gustos, eran muy amables y mis padres eran un poco ausentes en atenciones y afectos, por lo que nos encantaba disfrutar de cosas que no teníamos.

Fue hasta que tuve catorce años, momento en que ellos dejaron de ser mis tíos queridos. Todo comenzó con un juego que ella denominaba “a cococho”, decía que la que duraba más cabalgando se llevaba un premio. Cruzaba las piernas y nos hacía montar sobre la pierna cruzada y comenzaba a moverse como masajeando la pelvis y sentí cosas que nunca había sentido antes, fue ahí cuando me di cuenta de su juego, pero era chica y no veía muy claro lo que estaba pasando. Fueron muchas veces las que ella jugaba ese juego, con el premio de que nos daba la merienda o algún regalito. Una noche fuimos a dormir, y a mí me dejó en una habitación sola porque su hija se había casado y ya no vivía allí. Le dije que quería dormir con mi hermana y me dijo que me acostara, que estaba todo bien, que esa era su habitación preferida. Me acosté y me dormí con una sensación de culpa de haberla dejado sola a mi hermana y sentía una sensación de angustia en mi estómago, algo no estaba bien.

Me desperté de madrugada con mi tía acariciándome el cuerpo, frotando suavemente su mano sobre mi parte íntima”.

–Esperá un segundo –me dice Sonia, va hasta la cocina y sirve agua, vuelve al sillón y me dice:

–Esperá un poquito, no sé si está bien que lo cuente..., no quiero que luego me ataquen, porque ella hoy no parece ese monstruo..., está muy vieja y achacada parece una buena ancianita.

–Nadie te atacará, nadie sabrá que sos vos, los nombres y demás no se sabrán, justamente cambiamos los datos personales para que no te identifiquen. Es para que se sepa que estas situaciones pueden suceder, es para que se sepa que en cualquier lugar puede suceder, es para que sepan que se puede prevenir en algunos casos... Pero no sigamos si no estás segura, nadie te identificará –le respondí.

–Sí, lo sé, siento además vergüenza. Disculpame.

Nos distendimos y hablamos de otras cosas. La abracé y le dije que no se preocupara que lo dejábamos ahí, que si necesitaba contarle, me avisara y, si no, estaba todo más que bien. Salimos y llegó su hija del colegio, las dejé y me marché. Por la noche me envió un mensaje y me dijo que fuera a la mañana siguiente, a las 10, que estaríamos tranquilas.

Llegué esa mañana y Sonia estaba mucho más tranquila, me pidió que ni su esposo supiera que era ella porque tenía miedo de que su vida íntima se viera afectada por esta situación. Me dijo que nunca lo había contado porque pensó siempre que podrían rechazarla, incluso su familia. También me contó que había ido al psicólogo, pero que no le funcionó a ella, que su psicólogo la miraba como un bicho, esa era su sensación. Continuamos.

“Me desperté y tenía sus dedos en mi vagina, le saqué la mano con fuerza, por lo que con una me tapó la boca, luego me dio un cachetazo y me dijo:

—¡Mala, con todo lo que la tía hace por vos y tus padres, mocosa!

No podía dormirme, quería correr, mis padres no tenían teléfono y, sinceramente, creo que aunque los hubiera llamado, nunca hubieran ido. Al contrario, creo que me hubieran culpado, ya que eran muy violentos y a la vez indiferentes con nosotras. Sabía que ella les daba dinero de vez en cuando y eso mantenía contento a mi padre, aunque creo que nunca supo de sus abusos. A ella le gustaban las nenas, y siempre dudé si abusó de su hija, se había casado joven y su relación era bastante tensa. No quise ir nunca más y no fui, a pesar de que mis padres me querían obligar.

Recordé que siempre nos saludaba, luego de que nos dejaran mis padres, con un beso en la boca, recuerdo que era piel arrugada y seca, y que me daba asquito, aunque solo era un beso seco, no entendía.

Con el tiempo me casé y me fui de esa ciudad y encontré en mi camino una tía que adoraba, hermana de mi padre, que hoy ya no veo hace años. Ella me contó que cuando ella era chica, tenía más o menos 7 años, sus padres iban al campo a trabajar y la dejaban en lo de Chela, más o menos unos 50 años atrás. Chela le compraba de todo, la hacía sentir una reina, me contó que fue muchas veces abusada por ella, no solo la manoseaba, la besaba y la hacía tener relaciones sobre su pierna.

No quiso entrar en detalles, pero me confesó que ella en un principio pensaba que estaba bien, a medida que fue creciendo se dio cuenta del monstruo que era, sintió asco, culpa, dolor, además de nunca habérselo podido contar a sus padres, me decía que era otra época. Me contó que nunca pudo estabilizarse emocionalmente, por eso sentía que los fracasos matrimoniales eran solo de ella y, a pesar de acudir a ayuda profesional, le aliviaron su dolor, pero nunca pudo superarlo.

Me cuesta relacionarme bastante con las mujeres, a veces inevitablemente, inconscientemente, comparo. Hace tiempo no

la veo. Hoy, de grande, tengo ganas de ir a ver a ese monstruo y decirle todo el asco que me da, pero no vale la pena, ya está muy vieja, sola y nadie la quiere visitar. Pero a veces van sus nietas y el solo hecho de imaginar me da angustia e impotencia, además de mucho asco”.

Terminamos la charla, ella no lloró, pero estaba enfurecida, sentí que lo revivió, pero solo me dijo:

–Es necesario que lo cuentes.

LA IMPOTENCIA DE MARCOS

Marcos iba al segundo año de la Facultad de Medicina cuando vio el espectáculo más aberrante y amargo que lo marcaría para toda su vida. Vivía en un barrio de clase media alta, en las afueras de la ciudad. Su padrastro, Gustavo, era un prestigioso médico de allí y su madre, Vilma, una maestra muy querida por sus colegas.

Su hermana "Luisa" tenía 10 años, la mitad de su edad. Luisa era hija del actual esposo de su madre viuda. El padre de Marcos había fallecido cuando él era un niño de tres años, una larga enfermedad lo había consumido.

Vilma solía levantarse a las 6 de la mañana para atender a su familia, darles el desayuno y prepararles lo que llevarían para afrontar el día, era su tarea voluntaria y habitual.

"Los viernes eran los días de más trabajo para ella ya que se juntaba con sus compañeras y agregaban horas para terminar las correcciones y el material para el lunes, y de esa manera le quedaba más tiempo para su familia, la cual era su mundo, su cable a tierra", comenta Marcos.

"Había sufrido muchísimo con la partida de mi padre, era fantástico, también amigo y colega de Gustavo, mi padrastro. Todos lo extrañamos demasiado. Incluso creo que mi madre aún no ha dejado de amarlo. También creo que formó pareja nuevamente porque temía a la soledad".

Marcos tiene sus ojos brillosos y se emociona al nombrar a su padre. "Era lo más", comenta.

“El jueves anterior, mi vieja nos dijo, mientras los cuatro cenábamos, que al día siguiente, viernes, se iría a la casa de Adriana (una abogada amiga que la bancaba cuando ella estaba triste, siempre Adriana al pie del cañón). Nos dijo que todas irían hacer el trabajo a la casa de ella porque era el cumpleaños de su amiga y tenían algunas en común. Gustavo dijo que se quedaría en casa y que llevaría a Luisa a la escuela y vendría a terminar un trabajo que debía realizar para la clínica. Yo comenté que me iría antes que ellos porque a las 6 nos juntaríamos con unos compañeros ya que rendía una materia importante ese día.

Me levanté a las 3 de la madrugada, no podía dormir, había soñado con mi padre que me llevaba por un puente lleno de piedras y me ayudaba a saltar, recuerdo que me desperté con una inmensa sensación de tenerlo a mi lado. Recuerdo que dije: “Seguro querrás que me presente al examen”, sonreí, como si él estuviera allí, lo hago a menudo, parezco un loco, lo sé.

Como no quise molestar a nadie con encender las luces, me llevé los libros al quincho y me puse a estudiar. El quincho era el lugar donde había una parrilla y mesa para pasarla bien cuando estábamos todos juntos, quedaba en el patio, al fondo, separado de la casa. Puse el despertador para no dormirme. A las 6 sonó, lo apagué y llamé a mi amigo para decirle que iría cerca de las 10 porque no había dormido nada y mi cabeza explotaba. Puse el reloj a las 9.45 y seguí durmiendo en el sillón que estaba en el quincho, donde a veces mirábamos películas.

Me desperté 5 minutos antes, con una sensación de culpa por haber dejado a mi amigo en banda. Tomé los libros, me dirigí a la casa y estaba cerrada la puerta de conexión al patio, por lo que deduje que Gustavo no se había quedado. Por suerte, la ventana del costado estaba sin pestillo y entré.

Puse los libros sobre la mesa y me dirigí a la cocina para desayunar algo rápido cuando escuché a mi hermana quejarse como si

algo le estuviera molestando, y pensé qué raro, pues debería estar en el colegio. Escuche agua correr y el murmullo con tono de gozo de un hombre que decía:

–Así, mi querida, tranquila, qué lindo, viste qué lindo es.

Fui a buscar a mi hermana a su cuarto, no estaba, entré al de mi madre y estaba la ropa de Gustavo sobre la cama, vi el baño del cuarto cerrado y de allí venía el ruido... Entré con fuerza, pues intuí un poco de desgracia. No me equivoqué, solo que era una gran desgracia. Él, mi padrastro, el padre biológico de mi hermana, estaba desnudo y mi hermanita tapándose los ojos, toda mojada, desnuda, mientras este monstruo le pasaba su mano por su entrepierna mientras que con la otra mano se estaba masturbando...

Lo empujé con todas mis fuerzas y con ganas de que se clavara la canilla en su espalda, con ganas de que se golpeará la cabeza y desvaneciera para siempre, con ganas de que se muriera. Tomé a mi hermana con una toalla blanca grande que estaba allí y la abracé con ella, la saqué de allí corriendo, tomé las llaves del auto y la llevé directo a la casa de Adriana. No pensé en nada más que en mi hermana, en salvarla, en sacarlo, en no sé cómo, pero quería borrarle lo que había pasado. Todo el camino iba maldiciéndolo y le decía a Luisa que él lo pagaría, que lo meteríamos preso y que nunca más la vería”.

Marcos sube y baja la cabeza varias veces, haciendo una mueca de esas que hacemos cuando queremos decir: “Qué le vamos a hacer ya está todo así”.

“Llegamos a lo de Adriana, bajé a mi hermanita en los brazos. Corrí hasta la puerta, me abrieron todas a la vez preguntando qué había sucedido, si se había caído o si había tenido un accidente, nadie se imaginaba. Al entrar mi madre, se quedó inmóvil y asustada, nunca había visto su rostro así. No era tristeza, era espanto. Adriana me llevó directo a la habitación y les pidió a todas que se quedaran afuera, mi madre entró y solo se arrodilló ante mi her-

mana, tomándole las manos, preguntándole qué había sucedido. Luisa estaba como muda y asustada no emitía palabra, no quería hablar, no se expresaba, solo temblaba y se tapó con todo lo que había sobre la cama.

Corrí a mi madre a un rincón y le conté lo que había sucedido. Mientras le contaba, sus lágrimas caían sobre sus mejillas permanentemente y se ahogaba cada instante, como queriendo decir algo que no decía. Se recostó al lado de mi hermana y la abrazó, se quedó allí horas. Adriana le decía que haríamos la denuncia, por lo que debíamos llevarla al hospital público. Mi madre se negó, por dos razones: no quería que Luisa pasara por eso y porque el padre de su hija había cometido esa monstruosidad. Adriana la aconsejó de todas las maneras que se le pudieron ocurrir, le dio los vistos jurídicos, médicos, psicológicos, pero solo eligió el silencio”.

Marcos y Adriana concurren a hacer la denuncia, pero todo fue en vano. Debían llevar a Luisa a un hospital, pues si no, no recabarían las pruebas que debían. La policía lo detuvo, pero no estuvo ni siquiera 24 horas detenido.

“Nunca más habló con mi madre, ni siquiera se vieron en el divorcio, nunca más lo tuve de frente y mi hermana tampoco, hemos hecho de cuenta que no existe. Hemos pedido ayuda profesional psicológica y aún vamos, con menos frecuencia, pero sí nos ha ayudado. El monstruo humano sigue como si nada, y quién sabe de cuántas niñas más habrá abusado. No le permitiré jamás acercarse a mi familia porque si lo veo cerca, no respondo de ello, lo sé, no tengo miedo, al contrario”.

BRANDON

Claudia era de esas madres que, cuando estaba en una reunión y llegaba o veía alguien a quien quería evitar, le gritaba al más cercano que tuviera alguna relación con ella: “¡Hola! ¡Hola! ¿Cómo está?”, y de esa manera tapaba en su mente la realidad de saber que había alguna persona que no la aprobaba.

Todos tenemos alguna persona así cerca. Así era en su vida personal, tristemente, tapaba lo que en su realidad familiar sucedía, más allá de la infidelidad de su esposo.

Se la pasaba organizando cenas con gente que rodeaba a su esposo, un empresario conocido y respetado de esa sociedad. Allí se la pasaba hablando de otras personas, a quienes ella envidiaba profundamente, creaba historias irreales para que los invitados, e incluso su propia familia, creyeran lo que contaba y de esa manera crearles opinión descalificada, aunque su esposo, en el fondo de su corazón, sabía que ella llenaba ese espacio que él no podía...

Claudia creía que tenía todo controlado, su esposo, sus hijos, su entorno. Ella sabía que hacía tiempo su hijo sentía un profundo rechazo por su tío, el hermano de su madre, un hombre de 54 años, soltero que, más que apreciarlo, lo acariciaba demás cuando tenía la oportunidad... Era un hombre de baja estatura, casi calvo y ojos claros saltones.

“Brandon era un pequeño inteligente yo sabía cuándo estaba por llegar su tío a la ciudad porque de inmediato le pedía a mi hijo si podía quedarse en casa”, cuenta Nora, una amiga íntima de la familia, quien vivía a dos cuadras y media de la casa de Claudia.

“Sabía que algo le sucedía, pero no que era algo tan terrible. Por supuesto que Brandon era bienvenido, pues además sentía que algo asustaba a ese pequeño de 9 años. Por la mañana temprano vino Claudia a buscarlo porque quería que estuviera un tiempo con su tío, al que hacía días no veía. Brandon no quería salir del cuarto y le rogaba a su madre que lo dejara allí...”

–Vamos, vamos que es tío Germán que te quiere ver, dale, Brandon, no me hagas pasar papelones.

–No, mamá, no quiero, quiero quedarme aquí con Antonio, por favor mamá... –le respondió a su madre con angustia en su voz.

–¡Vamos! –le dijo ella con enojo.

Brandon marchó con la cabeza baja y le pregunté a mi hijo qué sucedía, él no supo contestarme porque realmente no lo sabía aún. Creo que Claudia tampoco lo sabía...

Por una semana no vino Brandon, ni tuvimos contacto, a mi hijo le había dicho que regresaría por casa cuando se fueran las visitas. No respondía el llamado, ni Claudia tampoco. Supe que habían tenido que viajar.

Pasaron los días y los volví a ver, fui hasta su casa y, cuando entré, Claudia mientras preparaba té, me contó que habían tenido un problema familiar, pero que ya estaba resuelto. La noté distinta, la noté, como dicen hoy, “apichonada”.

Le pregunté cómo estaba, si la podía ayudar en algo. Le comenté que mi hijo extrañaba a Brandon y si quería que lo pasaba a buscar. Ella me respondió que Brandon se quedaría en la gran ciudad con su abuela por un tiempo.

Noté su nerviosismo, su angustia, hasta que se puso a llorar y me contó que habían encontrado a su propio hermano, al tío de Brandon, que siempre dormía con él cuando este se quedaba:

–Lo encontró mi esposo a Germán encima de Brandon con los pantalones bajos y mi hijo desnudo, mi hijo, mi pequeño, su propia sangre –me repetía una y otra vez.

Se calmó y entre sollozos me contó que su esposo lo sacó de la habitación y llegó hasta casi matarlo. Una vez en el piso, comenzó pegarle en el pene con un palo de amasar, le pegó tanto que gritaba como un cerdo mientras caían sus pantalones. Me contó que tomó a su hijo y lo llevó a su cuarto preparada y decidida para llevarlo a la policía. Me dijo que su esposo no quiso hacer la denuncia porque Brandon pasaría por todo un proceso que, tal vez, no sirviera para nada... Me contó:

–Lo cargó al auto y lo dejó tirado en la ruta esa madrugada, le advirtió que no lo denunciaría, pero que debía decirle a la policía que habían sido unos ladrones los que le habían pegado y que, si por alguna razón lo delataba, lo mataría. Le hizo prometer que nunca jamás se acercaría a su familia, ni siquiera para pedir perdón porque lo mataría.

La paliza que le dio a su hermano lo había dejado internado casi 2 meses, le fracturó algunos huesos, su cara quedó desfigurada de los golpes y lo demás no lo sé. Claudia casi no sale de su casa, ya no organiza sus cenas sociales, vive para sus hijos y su esposo, y dedica el tiempo libre en manualidades. Aún soy su amiga”.

LOURDES

Lourdes es una vieja amiga que quiero con toda mi alma, esas personas que están cuando las necesitas y se preocupan por ti cuando menos lo esperas, esas personas que pasan los meses y levantas el teléfono y es como si la conocieras de toda la vida, no conoce de envidias, ni mentiras, no las lleva consigo, tiene el valor y la sensibilidad que cualquier persona podría querer tener, es alguien que elijo todos los días como mi hermana del corazón. Quiso contarme su historia, me dijo: "Seguro le servirá a alguien que ha pasado lo mismo, amiga".

"Un día me levanté y me di cuenta de que sentía un profundo vacío, un día me levante y sentí que ya no quería vivir esta vida, hasta que vi a mi hijo y pensé quién cuidará de él..."

Han pasado más de cuarenta años y aún no puedo estabilizar mi alma, mi cabeza, mi vida. He ido a psicólogos, psicólogas, he buscado ayuda de todo tipo y sentí a veces alivio, pero con el tiempo siento que no me curado, ha influido inconscientemente en mi vida, en mis relaciones, nunca fui feliz, nunca pude disfrutar a pleno mis relaciones. No es para victimizarme, lo intento, intento ser feliz, pero siempre me cae el recuerdo que está incrustado como el titanio al hueso.

Fui criada en un hogar de violencia y egoísmos, con unos padres chismosos y violentos, donde todos los días te decían lo inútil que eras y para qué te habían traído al mundo. Nunca alcanzaba el dinero para mantenernos ya que éramos cinco hermanos y ellos

dos, y el ingreso era muy bajo. Mi padre trabajaba en una fábrica, era un poco vago y mi abuelo lo ayudaba de vez en cuando, cuando podía, ya que lo había acostumbrado mal antes de quebrar y la mayoría de las veces faltaba al trabajo, me llevaba a dos cuadras y me daba una carta para que le entregara a la secretaria del gerente donde, presumo, decía que estaba enfermo y no podría ir a trabajar. Lo hice varias veces, no recuerdo con exactitud, pero creo que ahí tenía unos 9 o 10 años.

Mi madre, de vez en cuando, iba a limpiar a alguna casa ya que mi padre le exigía que lo hiciera. Mientras mis hermanas y yo trapeábamos la casa, como siempre desde que tengo consciencia. Siempre sentí que mi padre jamás la había amado a mi madre y que ella se llenó de hijos uno tras otro para que él no la abandonara. A todos nos maltrataban, excepto a mi hermana nacida antes que yo y después de mi hermana mayor. En realidad, era su primera hija juntos. Con los años supe que la primera hija no era hija de mi padre, pues mi madre había quedado embarazada de mi padre estando casada con otro hombre, su primer esposo, y que este la descubrió y la dejó, no sin antes advertirle que no vería jamás a su hijo, el hijo que habían tenido en ese matrimonio y que en ese momento tendría 3 o 4 años.

La dejó pues ella eligió quedarse con mi padre, era mucho menor que ella y aún no había terminado la secundaria. Así que la frustración de sus vidas la pagamos nosotras con tanto desprecio. Mis abuelos paternos le dieron lugar en su casa, pero mi abuela nunca la aceptó por lo que mi madre fue contándonos historias de desprecio de mi abuela, pero nunca nos contó la verdadera historia y nunca pudimos escuchar la otra parte, ya que mi abuela falleció cuando yo tenía 6 años. Fui creciendo y atando cabos y averiguando con uno que otro familiar hasta que conocí la verdadera historia o lo que presumo que es. Tengo un buen recuerdo de mi abuela, de su cariño y de cómo me dejaba jugar con ella, la pintaba y le ponía

ruleros. Ella y mi abuelo se divertían con ello. Los extraño. Creo que fueron la única y verdadera familia que tuve que realmente me amó.

Cuando era muy pequeña vivía en un barrio de clase media baja, en una casa que les alquilaban mis abuelos a mis padres. Mi madre atendía a mi padre como si fuera un monarca, las porciones predilectas eran para él primero y nosotras éramos como una especie de sirvientas que debíamos obedecer, y aun así les molestábamos. Yo era la más rebelde, en realidad, hoy creo que era la que tenía coraje. La que más maltratos sufría era mi hermana mayor, la más buena de todas, tenía y tiene un corazón enorme y nunca pudo acomodar su vida, a pesar de todos los errores que cometió, fruto de todos los maltratos y desprecios que sufrió cuando era niña. Siempre la defendía y enfrentaba a mis padres cuando la golpeaban. Una vez, quiso ahogarla sumergiéndole la cabeza una y otra vez en la bacha llena de agua que estaba en el patio. Logré pegarle una patada a mi padre en su tobillo para que la dejara y escapé, subí a un árbol que había en el patio y me quedé allí toda la tarde hasta que supe que mi padre se había dormido.

Bajé y fui a mi cuarto, y mi madre me regañó haciéndome creer que era una desagradecida de mi padre, y todo el relato que se te pueda ocurrir que, por lo general, dicen los padres manipuladores para hacerte sentir culpable. Ya presentía para esa altura que algo raro pasaba con mi hermana mayor, el maltrato era cada vez más notable”.

—¡Descansemos un poco! —me dice Lourdes.

“A los 18 años me casé para irme de mi casa, así que imagínate, amiga, sentí unas ganas terribles de libertad, de dolor, cualquier cosa era mejor para no seguir estando allí, pensaba que sería feliz fuera de ese infierno y no sabía lo que me esperaba. Nunca me curé, nunca sané mi corazón, hasta perdí algunas emociones...”.

Aunque creo que dentro de su aparente fortaleza revivió ese pasado, ya que se puso nerviosa, me pidió que le hiciera un té y sus ojos estaban muy brillosos.

“Era la Nochebuena de más o menos el año 1978, fuimos a la casa de un tío, al que le decían “Negrito”. Allí se juntaban todos los parientes, aunque no se toleraban, compartían las fiestas después de un largo año de criticarse, se juntaban para brindar no sé por qué.

Yo era muy niña. Me dio sueño después de las 12 y le dije a mi mamá que me iría a recostar, mi tío me llevó al cuarto, corrió unos abrigos que había sobre la cama y me dijo que descansara tranquila que me avisaría cuando mi familia se marchase. Cerró la puerta y al ratito me dormí. Me despertó un viejo asqueroso, con olor a vino y sus manos sostenían mis bracitos, tenía los pantalones bajos y algo negro y asqueroso que quería meter entre mis piernas. Quise gritar y no me salió, no tenía voz, él empujaba todo su horrendo cuerpo sobre mi personita una y otra vez con una mano me decía: “Sshhhh, cállate o te mato”.

Empecé a moverme con mucha fuerza, que salió no sé de donde, habré pesado unos 40 kilos en ese entonces, logré empujarlo con mis piernas y el viejo se cayó patas para atrás. Me tiritaban los dientes y me quería esconder. Salí corriendo y fui hasta donde estaba mi madre y me quedé al lado de la silla de ella, después de que ella me regañara diciéndome: “Quedate quieta, portate bien”. Quise contarle, pero me sacó de su lado diciéndome: “Dejame de joder ahora”.

El viejo salió del cuarto, el tío Negrito, repugnante hombre, monstruo de la sociedad.

Al otro día, le conté a mi madre, pero ella lo tomó como una tontería que le decía, así que me dijo: “Vamos a ver, decile a tu padre, mejor”. Recuerdo que salí al patio y mi padre estaba con

un vecino, hablando de la vida de quién sabe, el chisme de turno que le interesaba. Esperé que se fuera el vecino y mi madre le dijo:

–Lourdes quiere decirte algo –Con un tono como diciendo “escuchá esta ahora”.

Le conté a mi padre y solo dijo:

–¿En serio? Bueno, mañana voy hablar con él.

No solo que nunca fue hablar, sino que, de vez en cuando, lo visitaban y volvimos a ir otra Navidad. No es necesario decirte que me quedé aferrada a un árbol que había en el patio y le pedía a Dios no dormirme. Con los años comprendí que ellos tenían tanta frustración con su vida y tanto desamor por sus hijos que seguramente ni recordó lo que le había contado.

Siempre fueron despreciativos en todo sentido, siempre rebajándome como si fuera una porquería. Me golpeaban por cualquier cosa, a veces delante de mis amigos, a veces delante de la gente, me criticaban y me decían cosas horribles. Crecí con eso. Me encerraban en un baño, con agua y pan para que aprendiera quién sabe qué lección. Hasta el día de hoy tengo vergüenza de estar hablando en público, tengo culpa por todo lo que hago, no soporto la exposición, a pesar de toda la ayuda que he buscado y busco. No soporto los chusmeríos, no soporto que alguien no haga nada cuando hay otro que está en peligro. Aún así, sigo adelante, superándome, tratando de ser todos los días buena persona. Hace años que me marché, no veo a ninguno. A veces hablo, muy pocas, pero sigue el círculo vicioso en el que están.

Hoy formé mi hogar con mucho esfuerzo, no es perfecto, pero amo y me aman, claro que soy la que más sufre porque me cuesta estar entera; pero, al saber el origen de mis padecimientos, se me hace más fácil y me comprenden. Sigo con mis miedos, trato de evitarlos, no es fácil, todo me cuesta mucho, relacionarme, tener sexo, cuidar a mis hijos (no sobreprotejo tanto ya, con la ayuda de

mi psicóloga, a la que adoro, di con la que necesitaba después de una mala experiencia).

Hasta me cuesta mirar a la gente en la calle, ha de ser por tanto: "Mirá para abajo, qué me mirás, mierda". En fin hay peores cosas, pero lo que sí te aseguro es que a mis hijos no les va a pasar".

Lourdes me abraza y las dos lloramos, solo me dice: "Odio la injusticia, amiga".

CAPÍTULO FINAL

Prefiero creerle a un niño y equivocarme después.

Es cierto que hay veces, muy pocas, en las que para dañar al otro se inventan historias que luego no tienen sustento, pero el daño está hecho. Tengo en mi mente dos casos que me llamaron mucho la atención porque así como no comprendo los abusos, no comprendo tampoco cuando alguien, basado en un invento de un abuso, utiliza a sus hijos para dañar a un cónyuge o a un maestro, o a quien sea.

Una vez hubo un caso de una persona que quería denunciar a la exesposa de su actual pareja, un importante empresario, por abuso a su hija de 9 años, simplemente para pedir su tenencia, no porque la amara, sino porque quería que su esposo no le pasara más la mantención de la pequeña ni tuviera trato con su ex. Ella afirmaba que tenía una prueba y que era suficiente "para meterla presa porque la violaba".

En mi opinión personal, no sé la suya, pero creo que coincidirá, solo creemos que es violación cuando lo hace un hombre, pero creo que también hay mujeres que, cuando abusan de los pequeños introduciendo los dedos, o juguetes, o palos, o lo que sea, es violación. No es este el caso que le estoy contando, pero me vino a la mente.

Sigo, esta persona decía permanentemente: "Es una abusadora, la justicia se la tiene que sacar, estoy preocupada por mi hijastra, solo tiene 9 años, queremos que viva con nosotros". La profesional que la atendía le preguntó si su esposo, el padre de la niña, no había hecho la denuncia, a lo que ella contestó:

–Le tiene miedo a su ex, por eso estoy aquí.

Aproximadamente, su intento de convencer fue de siete visitas al estudio. Era una señora joven, muy bien vestida llena de bijouterie, demasiada, parecía querer decirle al mundo “tengo”, llamaba bastante la atención la exageración de su maquillaje y el modo de hablar un poco, para mi gusto, exacerbado.

Como le decía, su intento de convencer era muy sugestivo, pero nada tenía en concreto hasta que llevó una grabación de la niña, en la que se podía escuchar:

–Sí, sí, mi mamá me tocó.

–Decí, decí ¿qué te tocó? Pobrecita, no quiere hablar –Con voz de mujer adulta.

–Me tocó y me retó –La niña.

–Sí, sí, ya sé que no querés hablar, pero contámelo como me lo contaste el otro día, ¿te acordás? –La mujer adulta.

Esa fue toda la “prueba” que tenía. La profesional, en su última cita, le explicó que iban a llamar a la madre, porque como institución estaban preocupados, pero que no lograban comprender. Como ella no era su madre, tenían la obligación de hacerlo, ya que se trataba de una menor abusada –supuestamente– y querían despejar las dudas para poder ayudarla, a lo que la mujer respondió textual:

–Olvídense, no va hablar, encima cobra casi la mitad de los ingresos de mi marido, por eso la tiene a su hija, solo quiere obtener dinero de él y yo sé que si la tenemos con nosotros no le va a sacar más, ¿va a ayudarme o qué?

La profesional comenzó a comprender un poco de qué se trataba, así que le contestó que la viera a la mañana siguiente, que tomaría una decisión.

La profesional hizo sus averiguaciones en forma personal, tratando de reunir los datos de los padres de la niña, como vivían y socialmente, cómo estaban estimados. Al tratarse de una ciudad

pequeña, no fue muy difícil, aunque no es excluyente, pero había cosas muy obvias. De una manera u otra, siempre en forma reservada, llegó a contactarse con la mamá. Ella era una señora mucho mayor que la persona que la quería denunciar. Es cierto que las apariencias engañan, pero cualquiera se daría cuenta de que la mujer no aparentaba lo que se quería formar de ella, solo en su conversación y viendo a su hija con ella uno se daba cuenta de que ahí no solo había una excelente relación, sino un amor recíproco.

La profesional conversó con ella y en ningún momento esta persona habló mal de la otra, ni siquiera de su esposo, “solo parecía ser una mujer que había dedicado su vida a su familia y de repente se destruyó su familia y su exesposo se había casado nuevamente con una persona mucho menor que él, por lo que seguro tendrá otros miedos”, así fue lo que comentó con ojos tristes y dolor en su voz. Todo lo conversado con esta madre se corroboró inmediatamente y más, y era claramente que el problema no era de abuso infantil, el problema era otro.

La última vez fue nuevamente sola, a lo que la profesional le consultó:

—¿Por qué no vino con su esposo?

Para su sorpresa, la mujer le contestó:

—No, no tiene tiempo para estas cosas...

El hombre en cuestión era un conocido empresario del pueblo, muy querido, al igual que su exesposa. Concebir a su hija fue muy difícil para el matrimonio y eran de público conocimiento los tratamientos y deseos de que llegara a sus vidas. Llevaban 20 de años de casados cuando al fin su hija llegó a sus vidas.

La profesional le explicó los puntos de vista y la ley, además de comentarle que había hecho sus averiguaciones pertinentes y que no la podía acompañar ni en la denuncia ni en el pedido de tenencia, ya que ninguno de los pedidos estaba en el sentido común además de la ley.

Su enojo fue evidente y no sorprendió su contestación, se retiró del estudio azotando la puerta.

Las preguntas que seguramente usted también se hará: ¿qué hubiera pasado si se hubiera tomado en cuenta el testimonio de esta mujer? ¿Qué hubiera pasado con la niña y su crecimiento? ¿Qué hubiera pasado con la reputación de esa madre? ¿Con su condena social? Aunque el tiempo hubiera demostrado que nada era cierto, que había otros intereses y que no importaba el daño, sino el fin...

Otro caso que nos llamó la atención fue el de dos padres que acusaban a un maestro de jardín de infantes porque sus hijos de 4 años, que iban a la misma sala, les habían contado que habían sido manoseados y besados en la boca por el maestro.

No fue sorpresa porque es cierto también que hay casos así, pero este llamaba la atención porque el jardín era impecable, así como sus autoridades. Era el único en la ciudad que pedía certificado de reincidencias cada 6 meses a los docentes que allí trabajaban. Usted sabe, estos certificados se solicitan para saber si hay algún delito cometido por quien lo solicita. De esa manera, se pueden evitar dolores de cabeza, aunque le reconozco que no es excluyente, algunos ni siquiera son denunciados, ni siquiera son imputados.

Estos padres, al presentarse, solo pidieron que no se hiciera público por la identidad de los pequeños, y que si el jardín se disculpaba y echaba al profesor, ellos no levantarían ningún cargo, y que el maestro prometiera que se iría de la ciudad. Acudieron a una institución privada para que interviniera en forma reservada y mediara con las autoridades del jardín.

Los profesionales se acercaron y conversaron del tema con la directora del establecimiento, una mujer de perfil bajo, con notable devoción por su jardín y por los niños que acudían a él. La cara de asombro de ella fue notable y su descontento también; en primer lugar, estaba enojada con las personas que estaban llevando la "abstracta denuncia" y lo primero que dijo fue:

–Es algo personal, no sé cómo, pero es algo personal.

Ella estaba convencida de lo que decía.

Claro que en estos casos, siempre se defiende con una ofensa al que denuncia, pero no era este el caso. El maestro tenía un currículo intachable y era querido por todos sus alumnos que ya habían pasado por ese jardín y tienen hoy maravillosos recuerdos.

En un principio la directora pensó, y lo manifestó, que si querían dinero, no lo iban a conseguir y si hacían la denuncia, se iba a filtrar tarde o temprano y perjudicaría no solo a los alumnos, sino a toda la institución, que llevaba más de 15 años en la ciudad y se destacaba por ser unos de los mejores jardines privados.

La profesional conversó con los padres (dos hombres, un papá de cada niño) y les pidió que hicieran una prueba con los niños y el psicopedagogo, a lo que ellos se negaron. Insistían en que si no lo echaban y no se iba de la ciudad, lo harían público. Fue una intimación de una semana, sin ningún sustento se pretendía avanzar en algo sin siquiera poder hablar con los pequeños.

Ese día la profesional pudo contactarse con una de las madres de uno de los pequeños. Ella estaba separada hacía un año de su esposo y había comenzado una relación, hacía dos meses, con “el maestro” acusado. No querían hacerla pública hasta no hablar con los pequeños, usted sabe, para ir de a poco y no cometer más errores.

En la conversación, esta mujer le aseguró a la profesional que su esposo ya sabía y que la había amenazado con hacer lo imposible para que no siguiera con su relación. No solo eso, sino que estos dos padres eran amigos desde hacía tiempo y se habían complotado para destruir al maestro, sin pensar que podían destruir no solo a unos niños, ya que tarde o temprano iban a tener que declarar lo que pasaba ¿y cómo iban a hacer que los pequeños pudieran inventar algo así? No pensaron tampoco en la institución, podría haberse destruido su reputación si esto llegaba a la comunidad, sabiendo

que, por más que luego se aclarase, el daño estaba hecho. Luego de unas charlas con profesionales y los actores en cuestión, desistieron y quedó todo como un mal recuerdo de un mal intento.

Solo quería contarle que también hay casos así. Son los menos, pero los hay.

Prefiero creerle a un niño y después equivocarme, sin duda; pero a un niño, no a los adultos, en estos casos. Hay miles de casos en el mundo en que no se les cree a los pequeños, porque un poco más y ellos mismos tienen que llevar una herida o semen o sangre en la ropa, en el cuerpo, para que se les crea. También es cierto que, así como hay miles de padres que matarían si tocaran a sus hijos, hay miles de padres que saben que el otro está abusando de su propio hijo y hacen caso omiso, se hacen los distraídos, por lo que sea que quiera decir para justificar: pasarla bien, tener un techo, que no lo amenace, etc. Las causas o las explicaciones que quieran "imponer" no tienen justificación. El daño que se hace al pequeño es de por vida, a medida que va creciendo como persona, es como que creciera en la memoria un monstruo que alimenta mal sus relaciones. Y es cierto que, si bien hay terapias para ayudar que alivianan el dolor, nunca jamás lo cura nadie, porque es una cicatriz del alma.

Es la responsabilidad del adulto la que va a permitir o no lo que esa personita viva: vivir una vida normal. No importa lo minúscula que sea la ayuda, importa que alguien haya hecho algo para que no sufriera más, porque defiende a alguien que no puede defenderse. No importa lo que puedas hacer, nunca lo olvidará, y eso ayudará a saber que no todo es horrible en el medio en que le ha tocado vivir. Sobre todo, cuando se trata del hogar en donde viven. Más del 80% de los casos ocurren en la familia, por lo que es muy difícil trabajar con ello, pero no imposible. Hay cientos de

instituciones públicas y privadas donde hay gente maravillosa que trabaja para ello, solo debemos dar con esa justa persona. Pero, a veces, su trabajo –doloroso, por cierto, hay que tener un fuerte espíritu, por así decirlo–, todo lo que hace con la ayuda o no de la propia familia, luego es descartado por algún “falta de mérito”; por algún “son chicos, se confunden”; por algún mediocre que solo obstaculiza una investigación por considerar que no es importante o que justamente el acusado o acusada parece un “buen ser humano”.

Es de relevante importancia que se escuchen sus voces, que se les preste atención, que se advierta que algo terrible está sucediendo y que puede ser peor, que se sea consciente de que la vida de esos pequeños está en nuestras manos, que ellos no tienen por qué pagar nuestros errores. Los niños del mundo no deben, no tienen por qué, sufrir ningún tipo de abuso, de nadie, de ninguna persona, de ninguna nación. Ellos no pueden elegir, son inocentes, no deben sufrir estos y otros atropellos como las guerras. Parece una frase repetida: “Su futuro está en nuestras manos”, pero es así; en las manos de los que deben cuidarlo, en las manos de quienes deben ser responsables de su felicidad. De lo contrario, crecerán con muchísimas dificultades, siempre para mal, algunos incluso repiten la historia; otros, con angustia y dolor permanente, con fobias, con vergüenza hasta el día de su muerte, como si hubiesen sido culpables y merecedores de ese sufrir, ya que así los enseñaron.

Solo piense que en este momento hay alguien que está padeciéndolo, y se puede evitar. Seamos conscientes, detengámonos ante la duda y démosle el beneficio de ella al inocente. Si puedes hacer algo, solo hazlo.

Lo que suceda en su infancia marcará la evolución de su vida para bien o para mal.

APORTES PROFESIONALES DE PSICÓLOGAS

Las investigaciones destacan que el abuso sexual infantil está más vinculado a la sexualidad del hombre, y las víctimas en su mayoría tienen entre 8 y 14 años de edad. Aunque las estadísticas dicen que el abuso infantil en todas sus formas se produce más en la clase baja, en particular, el abuso sexual infantil sucede más en la clase media y generalmente los abusadores son conocidos por sus víctimas.

Hay algunas características parentales y familiares, no determinantes, que pueden resultar como factor de predictibilidad, por tanto también una alerta a la hora de pensar en cómo prevenir el abuso sexual infantil. En general, las niñas abusadas sexualmente poseen figuras maternas poco afectuosas, enfermas o emocionalmente alejadas y padres conservadores que experimentan escasa demostración física del afecto. Son familias que denotan un acatamiento total a convenciones, rígida adherencia a una estructura patriarcal casi estereotipada. En la intimidad de ese tipo de familias existen diferentes configuraciones parentales: unas, en donde la superioridad masculina se manifiesta incuestionable, las mujeres asumen un rol sumiso y de frágiles características; otras, en cambio, en las que la mujer es dominante, aunque en apariencias parezca lo contrario, y los hombres son figuras débiles y dependientes. El primero es el caso de madres que silenciosamente consienten y permiten el abuso intrafamiliar, el segundo, de padres que se inclinan a sus hijas con las que pueden tener un nivel emocionalmente equivalente.

Respecto de la percepción del daño, hemos podido observar a partir de nuestra experiencia clínica que, las personas adultas que han sufrido abuso sexual en la infancia refieren que se sintieron muy perjudicadas, en especial aquellas que percibieron el daño en seno intrafamiliar, y este sentimiento aumenta significativamente en las mujeres. Las reacciones emocionales más habituales producto de la experiencia de abuso sexual infantil son depresión, sentimientos de vergüenza y culpa, autoestima disminuida, fobias, pesadillas, inquietud, embarazo adolescente e intentos de suicidio. En el plano interpersonal la repercusión puede ser la de sexualizar las relaciones como una modo de querer ganar afecto. En la adolescencia esta actitud puede conducir al desarrollo de conductas autodestructivas.

Aunque no es determinante, si es más posible que las personas sexualmente abusadas repitan desoladores patrones parentales a los que fueron expuestos, es decir: niñas que fueron sexualmente abusadas tienen mayor probabilidad de que sus hijas estén más expuestas a ser abusadas por otras personas dado que pueden carecer de la capacidad de cuidado y protección, y en el caso de los hombres abusados pueden transformarse en abusadores dado que tienen el modelo parental donde los niños pueden ser sexualmente explotables.

Los sentimientos y conductas que el abuso sexual infantil provoca suelen ser reforzados por el aprendizaje social, por lo que muchas veces puede perjudicar a varias generaciones. Por estos motivos es tan importante la intervención temprana si se está produciendo el abuso

sexual. Favorecer que el niño se sienta menos culpable, más aceptado y apoyado por otras personas cercanas dado que la vergüenza, como una emoción que a menudo motiva una respuesta de evitación, aumenta el desarrollo y mantenimiento de los síntomas asociados al abuso. Es muy beneficioso y necesario trabajar este

sentimiento en la etapa de desarrollo considerando al niño, la familia y los aspectos culturales. Las intervenciones tempranas con víctimas de abuso sexual ayudarían a la prevención de consecuencias negativas en la salud mental de adulta. Es importante desarrollar la resiliencia en las víctimas del abuso sexual infantil, así como detectar los factores protectores, las fortalezas para reducir la vulnerabilidad y favorecer el afrontamiento positivo frente a eventos estresantes.

La búsqueda de apoyo emocional fuera de la familia, la capacidad de pensar bien de sí mismo, la espiritualidad, la atribución externa de culpa respecto del suceso acontecido y el reconocimiento de poder personal han sido reconocidos por los adultos que han sido víctimas de abuso sexual infantil como cruciales para superar esta experiencia.

Bibliografía de referencia

- C , C. M , V. (2010) El sentimiento de vergüenza en mujeres sobrevivientes de abuso sexual infantil. Implicancias clínicas. Revista Argentina de Clínica Psicológica; Vol XIX, N° 3, Buenos Aires.
- G , D F , S. (1997) Abuso sexual de niños. Paidós, Argentina.

* * *

“El Abuso sexual en la infancia es una forma de violencia, presente en la sociedad actual y que no discrimina estratos sociales. Es fundamental la consulta a un profesional en caso de sospechar o de visualizar como miembros de la familia o algún allegado que alguna situación no deseada se está produciendo.

Existen ciertos indicadores a tener en cuenta que pueden ayudar a ponerle voz y palabras a aquello que el niño está padeciendo. Por medio del proceso psicoterapéutico más específicamente la utilización del juego, los dibujos, narraciones o la utilización de las palabras, el niño va a ir recorriendo el camino de la verdad y a lograr dilucidar aquello que fue reprimido por temor, vergüenza o desconocimiento pero que se hace presente diariamente en las conductas sintomáticas que los seres que pasan por estas situaciones tan dolorosas deben atravesar.

Es fundamental reconocer que es muy bajo el porcentaje de sujetos que se deciden a hablar ya que encuentran una imposibilidad para poder manifestar aquello que les sucedió o está sucediendo.

Con los años, en caso de no haber recibido el tratamiento y la ayuda adecuada, los síntomas aparecen de forma tardía causando severos traumas y problemas en la vida cotidiana de las personas.

Por esto es imprescindible no mirar hacia un costado y poder, entre todos, luchar por los derechos de nuestros niños. Porque ellos, son nuestro futuro, nuestras raíces y nuestro porvenir. El abuso en cualquiera de sus formas, irrumpe, rompe, lastima y genera un dolor muchas veces irreparable. No seamos parte de esto. Seamos parte de una sociedad que ayuda, colabora y denuncia los casos de abuso a nuestros niños. Ellos nos necesitan”.

EPÍLOGO

Creo que siempre existieron casos tremendos y existen, pero la ventaja de hoy son las comunicaciones. La tecnología nos permite comunicarlo, aunque luego, algunos, a veces los que tienen que tomar decisiones, se equivoquen.

Es sano buscar ayuda, el psicólogo o terapeuta nos ayudará a calibrar el dolor. Claro que no lo eliminará, no hace magia, porque es algo que ya vivimos; pero se puede salir adelante y seguir. Debe encontrar un profesional con quien estar cómodo o buscar algún buen amigo para conversarlo.

Cómo será cuando sea grande...

ÍNDICE

Prólogo	11
Julia.....	15
Recuerdo de escuela.....	23
Jimena	27
Federico.....	31
La vieja heladera	35
Jazmín	39
Chela, la tía	45
La impotencia de Marcos.....	49
Brandon.....	53
Lourdes	57
Capítulo final	63
Aportes profesionales.....	71
Epílogo	75

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Noviembre de 2013

